



“Capítulo IX”

p. 215-242

William Davis Robinson

*Memorias de la revolución mexicana. Incluyen un relato de la expedición del general Xavier Mina*

Virginia Guedea (estudio introductorio, edición, traducción y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Fideicomiso Teixidor

2003

412 p. + LXXIV

Figuras

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 40)

ISBN 970-32-0761-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de junio de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias-revolucion.htm>

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## CAPÍTULO IX

*El general Mina prosigue hacia el fuerte de Los Remedios. Llegada a ese lugar de algunos fugitivos procedentes de El Sombrero. Descripción del fuerte de Los Remedios, o San Gregorio. Avance de Liñán sobre el fuerte. Salida de Mina con novecientos hombres. Descripción de estas tropas. Reflexión de gran importancia para los Estados Unidos.<sup>1</sup> Encuentro del general con los restos de su división cerca de La Tlachiquera. Sitio de Los Remedios. Avance de Mina contra Bizcocho y su toma. Ejecución de la guarnición. Avance sobre San Luis de la Paz y su toma. Clemencia de Mina con la guarnición. Ataque a San Miguel. Retirada de este lugar y llegada al Valle de Santiago. Su descripción. Continuación de los sucesos relacionados con los movimientos de Mina. Conducta vergonzosa del padre Torres. Continuación de los sucesos ocurridos en el fuerte. Rechazo del enemigo. Salida sobre una de sus baterías. Continuación de las operaciones de Mina. Huida de los patriotas del campamento en La Caja.<sup>2</sup> Mina visita Jaujilla y de allí prosigue al Valle de Santiago. Escaramuza con Orrantía y llegada de Mina a La Caja.*

Frustrado en todos sus esfuerzos por auxiliar a El Sombrero, Mina permaneció varios días en las montañas de sus alrededores con un pequeño cuerpo de caballería. Había enviado varios mensajes al padre Torres para instarlo a mandar tropas para el alivio del fuerte o para cubrir los movimientos de su guarnición; pero, como recibía respuestas evasivas y frívolas, decidió dirigirse al cuartel general del padre y allí, personalmente, incitar a este jefe a cumplir sus compromisos. Por lo tanto, llevando consigo una escolta de cien hombres de la caballería de Ortiz, se dirigió a Los Remedios el día 17, dos días antes de que se evacuara y cayera El Sombrero. El camino atravesaba la llanura de Silao. Mientras la cruzaba, entre la población de este nombre y la Villa de León se encontró con un cuerpo de caballería enemiga compuesto de doscientos hombres. Mina, con su acostumbrado valor y habilidad, condujo a sus tropas en la acción y en unos cuantos minutos hizo huir a los

<sup>1</sup> Este encabezado no aparece en la edición inglesa publicada en Londres en 1821.

<sup>2</sup> “La Caja” en la edición de 1820.

realistas y les causó algunas bajas. Perdieron también a su comandante, el que fue arrastrado de su caballo y muerto por un lazo.<sup>a</sup>

A su llegada a Los Remedios, Mina encontró al padre Torres dedicado asiduamente a fortificar su posición, avituallándola y haciendo todos los preparativos para el sitio que anticipaba se le pondría después de la toma de El Sombrero. El padre no había adoptado ninguna de las medidas que había prometido y que debió tomar para brindar asistencia a dicho fuerte. Bajo la dirección del general, la ayuda que hubiera podido prestar pudo haber prevenido la realización de los planes del enemigo y probablemente llevado a su destrucción. Por las apremiantes peticiones de Mina, Torres dio orden a algunos de sus comandantes de ocurrir con sus tropas tan pronto como fuera posible a Los Remedios; pero ¡ay! esta orden fue dada demasiado tarde para ser de utilidad a El Sombrero, pues mientras se reunían llegaron a Los Remedios noticias del desastre ocurrido en aquel fuerte. Este suceso afectó profundamente al general. Le fue muy difícil ocultar sus encontradas emociones, tanto de tristeza por muchos de sus valientes compañeros, que suponía habían caído en la lucha, como indignación por el vergonzoso descuido de Torres al no haber hecho esfuerzos oportunos en favor de El Sombrero. Mantuvo, sin embargo, su acostumbrada serenidad, pues conocía bien que los reproches o el abatimiento debían producir malos efectos en la coyuntura en que se hallaba.

Unos cuantos de los oficiales y de los hombres de Mina llegaron a Los Remedios, y por ellos supo el general los detalles del desastre sufrido; pero no se hallaba todavía informado de la cuantía de la pérdida.

<sup>a</sup> (“lazo” en español en la edición de 1820.) Lazo es el nombre de la cuerda por cuyo uso son justamente famosos los españoles americanos. En la vida del campo se le utiliza, generalmente, con el propósito de atrapar a las distintas clases de ganado que hay en las granjas. Un niño de cinco a seis años comienza sus experiencias con un trozo de cordel y ejercita su ingenio con los pollos de la casa; después ataca a los cerdos y, al crecer, se aventura a lanzar su lazo sobre becerros y potros. Así, para cuando llega a la edad adulta, ha aprendido su uso con sorprendente precisión. El lazo es una cuerda bien tejida, como de una pulgada de diámetro y de diez a quince yardas de largo.

El ganado cimarrón es atrapado por los campesinos que montan caballos entrenados con este propósito expreso, y el estar así domesticado y entrenado es uno de los requisitos importantes para un caballo mexicano. Desde que empezó la revolución, el lazo se ha usado con frecuencia contra los enemigos que huyen. Un lazador experto atraparé con seguridad su presa desde una distancia de ocho a diez yardas. En el instante en que un caballo entrenado para este propósito siente que el lazo se ha afianzado, se detiene de repente, aunque vaya a toda velocidad; entonces, girando sobre las patas traseras, se lanza a todo galope en la dirección opuesta. El efecto es irresistible. En ese momento el hombre cae al suelo. Si el lazo se arroja sobre una res, la huida del animal se detiene instantáneamente y se ve obligado a seguir al caballo o ahorcarse. Con la mayor facilidad los campesinos lanzan su lazo alrededor de los cuernos o las patas de un toro, y así pueden mantener sujeto al más salvaje y feroz de los animales sin perder su silla. Sólo su uso constante desde la primera infancia puede explicar la extraordinaria destreza que muestra al lanzarlo.

Envió a varias personas para que buscaran a los forasteros y los condujeran a él. Únicamente se encontraron treinta y uno; sin embargo, Mina mantenía todavía la esperanza de que, como la salida se había efectuado durante la noche y por la barranca, el resto de las tropas hubiera alcanzado las montañas cercanas a El Sombrero, donde la caballería de Ortiz se encargaría de protegerlas.

Al fuerte llegaron también noticias de que Liñán, envanecido por su último éxito, avanzaba con refuerzos hacia Los Remedios. Se esperaba este movimiento, pero también se suponía que sería el fin de su carrera. Esta opinión se fundaba en la fuerza con la que contaba el fuerte y en los arreglos hechos para molestar al enemigo.

El fuerte de Los Remedios o, como es llamado por los realistas *San Gregorio*, estaba situado en una elevada aunque no extensa sierra que se levanta abruptamente de las deliciosas llanuras de Pénjamo y Silao, en la provincia de Guanajuato, distante cosa de doce leguas al sur-suroeste de la ciudad de este nombre, dieciocho al sur de El Sombrero y cuatro al este-noreste de Pénjamo. Desde la llanura, el camino seguía los declives de la montaña (y en algunos lugares era notablemente escarpado) por medio de una loma, durante una distancia de casi dos leguas, hasta llegar a la máxima altura del fuerte, llamada Tepeaca.<sup>3</sup> Desde ese punto, la colina desciende otra vez, ensanchándose por un trecho considerable hacia el corazón de la montaña, hasta el extremo del fuerte que se denominaba Pensacola.<sup>4</sup> El ascenso no se hallaba defendido ni por la naturaleza ni por el arte sino hasta llegar a un sitio llamado *La Cueva*, como a un tercio de su altura sobre la planicie; de allí, el camino continuaba hasta Tepeaca por una loma difícil, estrecha y, en ciertos lugares, muy escarpada. A la izquierda de *La Cueva* la loma se hallaba flanqueada, además, por un tremendo precipicio perpendicular de cien a doscientos pies de altura hasta llegar a unos cuantos pasos de una pequeña fortificación llamada Santa Rosalía. Desde donde terminaba este precipicio hasta Tepeaca se extendía una muralla de tres pies de espesor. Entre estos dos puntos el ascenso desde la barranca era fácil y de allí a Pensacola se hallaba naturalmente defendido por un terreno escarpado, alto y quebrado. En este lugar se encontraba un angosto paso que daba entrada a Los Remedios, pero los precipicios hacían muy peligroso su acceso. En resumen, todo el fuerte, con excepción de la pequeña entrada de Pensacola y aquella parte a la derecha del camino que subía a Tepeaca, en las cercanías de la fortificación de Santa Rosalía, estaba rodeado por una serie de tremendos

<sup>3</sup> Según Bustamante, este punto se llamaba Tepeyac o Tepeyacac, que significa “nariz de cerro”, y no Tepeaca (C. M. de Bustamante, *Cuadro histórico*, t. IV, p. 418).

<sup>4</sup> “Pansacola” en la edición de 1820.

precipicios que formaban barrancas de enorme profundidad y de cien a trescientas yardas de ancho, y sólo por estos puntos o por la poterna de La Cueva se podía conseguir entrar en él. En La Cueva, donde la loma que ascendía a Los Remedios tenía apenas treinta pies de ancho, se levantó un muro sobre el que se montaron dos cañones. La siguiente defensa arriba de La Cueva era una batería de media luna de un solo cañón, llamada Santa Rosalía, que dominaba el muro hasta la siguiente batería, llamada La Libertad. Ésta era una fortificación de dos cañones que dominaba el terreno hasta Santa Rosalía. Arriba de La Libertad se hallaba una batería pequeña de un cañón y sobre ella Santa Bárbara, una batería de dos cañones que dominaba a las demás, mientras Tepeaca, con dos cañones, coronaba el conjunto dominando la barranca y las alturas del lado opuesto; pero desde su gran elevación no dominaba las obras del fuerte. A través de la única parte débil de Pensacola se levantó un parapeto para cubrir tan sólo a la infantería, pues las dificultades que había para acercársele lo volvían seguro si estaba defendido por unas cuantas tropas regulares.

Una elevación al frente de Pensacola dominaba el fuerte al igual que una colina opuesta a Tepeaca, pero por la dificultad del ascenso a esta última, debido a su extraordinaria pendiente, Torres y el coronel Novoa, que la habían examinado, consideraron imposible transportar artillería a aquella cumbre. De hecho, la solidez del fuerte, cuyas ventajas naturales se vieron mejoradas en mucho por el arte, parecía garantizar la opinión de que protegido por una guarnición de hombres decididos sería inexpugnable.

Dentro del fuerte, cerca de Pensacola, se hallaba un pozo que brindaba una provisión constante de agua que nunca había escaseado, ni siquiera en la estación de sequía; también había un arroyo, que corría por la barranca a la izquierda del fuerte y bañaba los pies de los precipicios. Esta corriente, durante la temporada de lluvias, y por dos o tres meses después, ofrecía abundancia de agua. Por lo tanto, se consideraba imposible privar a la guarnición de una provisión adecuada de este líquido. El fuerte se hallaba avituallado con *veinte mil fanegas de maíz* (como un bushel y medio inglés por fanega), *diez mil de trigo*, una gran cantidad de harina, *seiscientas cabezas de ganado*, *dos mil ovejas o cabras* y *trescientos puercos grandes*. La provisión de municiones era también considerable, además de que se contaba con bastante nitrato, sulfuro, hierro, cobre y plomo. La guarnición del fuerte consistía en cerca de mil quinientos soldados, de los que trescientos habían sido entrenados por el coronel Novoa para formar la infantería y tenían bastante disciplina. El resto de las tropas formaba un grupo abigarrado e indisciplinado, pero valiente.

Cuando Mina llegó a Los Remedios, sus defensas eran deficientes en muchos puntos, pero los esfuerzos de sus oficiales y de mil cuatrocientos paisanos que se tenían para este trabajo las pusieron en mejor orden. El total de las personas que se encontraban dentro del fuerte, incluyendo a los campesinos, las mujeres y los niños, era de cerca de tres mil.

Como el enemigo no había tenido éxito en sus intentos de tomar El Sombrero por asalto, se suponía que nunca tomaría el fuerte de Los Remedios, puesto que éste presentaba muchos más obstáculos para semejante empresa que el primero. El intentar reducirlo por hambre se consideraba igualmente descabellado, porque llevaría mucho más tiempo del que los realistas podían dedicar a semejante operación. En resumen, el fuerte se consideraba capaz de sostener un sitio de, cuando menos, doce meses.

Hemos sido muy prolijos al describir el fuerte de Los Remedios para demostrar que si Torres hubiera sido un hombre poseedor de un verdadero patriotismo, aun sin criterio militar, y hubiera actuado con celo y buena fe hacia Mina, le hubiera aconsejado a éste que se dirigiera con todos sus oficiales y tropas a Los Remedios para concentrar allí sus fuerzas y elaborar su plan de operaciones futuras. En lugar de hacerlo, el padre indujo a Mina a permanecer en El Sombrero, engañándolo con vanas promesas de abastecimiento de provisiones y tropas hasta que sus objetivos se vieron arruinados por la destrucción de su división. Por ello, nos es imposible no acusar a Torres de traición o ignorancia, y de hecho de ambas, en toda su conducta hacia el general. Pero reanudemos nuestra narración.

Entre Torres y Mina decidieron que mientras el primero permanecería en defensa del fuerte, el segundo tomaría el mando de un cuerpo de caballería con el propósito de molestar al enemigo mediante hostilizar los caminos y prevenir que le llegasen provisiones. Mientras tanto, a consecuencia del severo golpe dado en El Sombrero, Liñán se vio en posibilidad de avanzar, con un poderoso refuerzo, contra Los Remedios, y el día 27 una división de su ejército hizo su aparición frente a ese lugar.

Entonces Mina se retiró del fuerte con novecientos hombres de caballería con el propósito ya señalado. Deseaba llevar consigo a todos sus oficiales, pero por la insistente súplica de Torres, que los consideraba de la mayor importancia para la defensa de Los Remedios, los dejó a todos, a excepción de su ayuda de campo. Es cierto que estos oficiales eran de esencial importancia para la defensa del fuerte, pero la pérdida para el general era más severa, porque de haberlos llevado consigo hubiera tenido más probabilidades de lograr sus miras que al

depender de hombres como los oficiales patriotas, de cuyos caracteres y habilidades tenía todavía que asegurarse. Quizá no haya otra circunstancia en la carrera de Mina que muestre más claramente su disposición generosa y magnánima que el ceder a las importunidades de Torres después de la manera vergonzosa en que éste lo había olvidado en El Sombrero. Iba a lanzarse al campo de batalla con tropas irregulares, sin siquiera la apariencia de disciplina y sin que tuvieran confianza en él, o entre ellas mismas, y emprender una campaña activa que requería especialmente la ayuda de oficiales experimentados. Sin embargo, el hacerlo de la mejor manera posible era el único camino que le quedaba, y se consoló con la reflexión de que sus oficiales contribuirían de manera esencial a frustrar los designios del enemigo sobre Los Remedios.

El general marchó a La *Tlachiquera*, hacienda cercana al acantonamiento de Ortiz en las alturas de Guanajuato, diez leguas al norte de la ciudad de este nombre, por la ruta de las montañas. Ordenó a don Encarnación que se le reuniese en la hacienda, donde esperaba encontrar a la mayor parte de los oficiales y tropas de su división que, según todavía se lisonjeara, habían sobrevivido a los desastres de El Sombrero.

Con anterioridad hemos hecho notar el orden financiero y militar tan relajado que prevalecía entre los patriotas bajo el mando del padre Torres; mas ahora es necesario describir en particular las tropas que se hallaban bajo las órdenes de Mina para demostrar las grandes desventajas con las que se veía obligado a luchar.

Durante las primeras etapas de la revolución, según se habrá percibido de nuestras anteriores afirmaciones, hubo periodos en los que algunas divisiones alcanzaron un grado considerable de disciplina y regularidad bajo Morelos, Matamoros, los Rayón, Terán, Victoria y otros oficiales patriotas pero, por la falta de un cordial entendimiento entre estos jefes, la causa de la república había perdido terreno, como ya hemos señalado.

En las etapas siguientes de la revolución, los hombres capaces y experimentados fueron escasos. No había oportunidad de selección; los comandantes no eran tan sólo hombres incultos sino que, desgraciadamente, eran hombres que se habían unido a la causa de su país como a una aventura o a una especulación, y que consideraban más importante su propia conveniencia y miras personales que el éxito de la revolución y los intereses de su patria.

Los fondos que debieron haber sido incautados para el pago y el equipo de sus tropas fueron absorbidos y derrochados por los comandantes y sus satélites. Sin ningún freno a su codicia, se enriquecieron

con impunidad. A los soldados se les permitía vivir en sus respectivas casas y nunca se les reunía sino cuando surgía una emergencia importante. Cuando llegaban a juntarse, cada hombre iba vestido como convenía a su gusto particular o a sus circunstancias. El soldado no recibía paga alguna a menos que estuviera en servicio activo, y entonces era tan sólo de dos reales diarios, con los que debía proveer a su manutención. Los domingos se les reunía en algún pueblo con el doble propósito de oír misa y de recibir, cuando los comandantes decidían tener fondos para aprovisionarlos, un sombrero o una camisa y algunas veces un peso o dos, no a cuenta de su paga, de la que no se llevaba registro, sino como una graciosa donación. Aparte de esto, rara vez se les proveía de algo; en resumen, por lo común se les veía en camisa, cubiertos por una manga o una cobija. La única excepción a esta descripción la constituían las escoltas (escoltas)<sup>5</sup> de los comandantes, que se componían de diez a cincuenta individuos, según los medios y la importancia de aquéllos. Eran hombres escogidos que se habían distinguido por su valor. Iban bien vestidos, de acuerdo con el gusto de su jefe, montaban excelentes caballos y por lo general iban bien armados. Actuaban como guardia de corps del comandante, con quien se daban a la fuga cuando era necesario.

Todas las tropas, excepto las que se hallaban en los fuertes, eran de caballería, y se daba a cada hombre una montura, a la que estaba obligado a proteger del enemigo. Viviendo en sus respectivas casas, se hallaban en constante alerta, y al aproximarse los realistas, en vez de unirse para presentar una defensa común, cada individuo cuidaba de su propia seguridad. Los comandantes de los distritos afirmaban que éste era el único medio de salvar a sus hombres, pues las incursiones del enemigo no permitían que se incorporaran en ejércitos o escuadrones. Es verdad que este sistema se había vuelto necesario en cierta medida, pero era una necesidad fatal, creada por el carácter vicioso de los mismos comandantes, que amasaban y disipaban los recursos del país en sus propias y personales satisfacciones en vez de dedicarlos a vestir y a mantener un cuerpo respetable de tropas.

Cuando debían reunirse los soldados, usualmente se despachaban mensajeros por la región con órdenes de que acudieran a un determinado lugar de reunión, lo que obedecían a su placer. Las tropas, por lo general, nombraban a sus propios oficiales, a excepción de los comandantes de distrito, y no era raro el ver capitanes, mayores, coroneles y brigadieres que habían sido antes campesinos, mayordomos<sup>6</sup> o arrieros

<sup>5</sup> “escoltas” en español en la edición de 1820.

<sup>6</sup> “mayor domos” en la edición de 1820.

(muleteros).<sup>7</sup> Pocos de ellos sabían leer y escribir y ninguno tenía pretensiones de contar con conocimientos militares de ninguna clase. Habían sido escogidos por sus compañeros por su intrépidez personal y por su actividad, cualidades que consideraban de esencial importancia y que la mayoría de ellos poseía en muy alto grado. Es, pues, obvio que entre semejantes soldados y oficiales no podía haber ni disciplina ni orden militar. Incapaces de alinearse con precisión, sin estar acostumbrados a ninguna uniformidad en el lenguaje de mando o siquiera a la práctica de reducir o formar una columna, no eran más que una masa desordenada, desprovistos tanto del conocimiento de llegar a —y el sentido de la importancia de— hallarse unidos y formados en la acción. La confianza que un soldado disciplinado deposita en el apoyo de sus compañeros, que resulta de efectuar un movimiento simultáneo al recibir órdenes, les era desconocida. Mas, a pesar de todos estos defectos, su natural valor les permitía en ocasiones llevar a cabo las más atrevidas hazañas. Atacaban arrojadamente en masas sueltas e informes, y si tenían éxito en romper la línea enemiga hacían grandes estragos; pero si eran detenidos rompían filas y era inútil tratar de reunirlos de nuevo. Al igual que los escitas, atacaban como tormenta de granizo y se retiraban como nube, cada quien buscando en la fuga su propia seguridad, no como tropas disciplinadas cuando rompen filas para reunirse y formarse en alguna posición conveniente, sino únicamente para salvarse. En estas acciones, los soldados que huían, y en particular los oficiales, frecuentemente daban pruebas de gran valor personal y presencia de ánimo.

El mexicano, montado en su caballo, de cuya rapidez y agilidad puede depender, tiene en él una confianza sin límites. Ni las lluvias de balas ni el número de sus oponentes lo desaniman. Los oficiales se lanzan entre los enemigos y, sin preocuparse en lo más mínimo de cómo actúan sus hombres, parecen dedicados solamente a darles ejemplo de valor. Cuando se ve obligado a retirarse ante fuerzas superiores, el mexicano, en vez de agotar a su caballo favorito, adecúa su fuga a la velocidad de sus perseguidores, y si ve a uno o dos enemigos separados del cuerpo principal da la vuelta y les da batalla en presencia de los demás. En suma, por haberlo observado con frecuencia, sabemos que ningún hombre posee más valor innato que el criollo mexicano. Tiene todas las cualidades necesarias para ser soldado, y montado en su gallardo caballo, con su espada y su lanza, es un oponente tan formidable como el mejor del mundo. Pero, por la falta de disciplina y de orden militar, los criollos no sirven de mucho cuando forman un cuerpo

<sup>7</sup> “arrieros” en español en la edición de 1820.

y pueden ser puestos en fuga con facilidad. A esto se debe que los realistas, cuyas tropas se componen de artillería e infantería entrenadas, además de caballería, han podido obtener ventajas sobre ellos, sobre todo durante el periodo que tratamos aquí, cuando los destinos de la república se hallaban en manos de hombres como el padre Torres y sus comandantes.

Esta descripción de los criollos no es peculiar a los de México sino que con ligeras modificaciones puede considerarse, en nuestra opinión, como correcta para los de todos los establecimientos españoles del continente americano. Las cualidades naturales de esta raza, su intrepidez, su capacidad de soportar penalidades y privaciones, su sobriedad, su sangre fría y su templanza son cualidades tan a propósito para la empresa militar que el lector inteligente percibirá de inmediato que sólo se necesita disciplinarlos para convertirlos, en su propio país y en su propio ambiente, en los soldados más formidables y eficaces.

*¿Se convertirá esta espléndida raza en libre e independiente y en aliada de la república de los Estados Unidos, o se convertirá, como los asiáticos en circunstancias casi similares, en conquistadora de su propio país bajo la disciplina europea y en el terror y el azote de los países adyacentes? ¿Quién puede prever lo que puedan lograr doscientos mil criollos mexicanos, versados en las tácticas modernas, con ambiciosos jefes europeos? Éste es un tema que abre un amplio campo a la reflexión y que merece la atención especial del estadista americano.*

Ya se ha descrito brevemente el equipo de los patriotas. Sus municiones eran, por lo común, de su propia manufactura. Los recursos físicos del país son superabundantes si se les maneja con sensatez, pues en México existe gran cantidad de nitratos y los cráteres de sus volcanes proporcionan sulfuro, mientras que los bosques brindan carbón. Así, aunque la manufactura sea burda, pueden preparar suficiente pólvora. Las piedras de chispa se hallan en los arroyos de las montañas, y de sus entrañas se extrae plomo, cobre y hierro, al igual que oro y plata. Por ello, tienen consigo los medios de hacer la guerra, pero la falta de artistas y mecánicos hace que sus producciones sean de poca utilidad.

El cuerpo de novecientos hombres de caballería que se había puesto bajo el mando de Mina se componía de hombres como los que hemos descrito, que con propiedad se pueden llamar cosacos mexicanos. Había entre ellos muchos oficiales; un cuerpo de doscientos cincuenta hombres podía ser mandado por brigadieres o coroneles y estos últimos podían dirigir cuerpos de cincuenta individuos. Los subalternos eran también numerosos; en un cuerpo de doscientos cincuenta soldados al mando de un brigadier había *más de dieciocho capitanes*. Diferentes

tipos de armas se encontraban en una misma compañía y la debida subordinación era desconocida entre ellos.

Mina se vio destinado a actuar con tropas como éstas. En tales circunstancias, cualquier otro individuo se hubiera llenado de desaliento; pero, aunque se hallaba enterado de su falta de disciplina, como había visto tropas semejantes comportarse debidamente en el encuentro de San Juan de los Llanos y había sido testigo de su valor en el ataque dado hacía poco a la caballería realista entre León y Silao, se imaginaba que con perseverancia sería capaz de remediar todas sus deficiencias.

El general, con gran trabajo y paciencia, formó a sus novecientos hombres en tres escuadrones: los carabineros integraban la vanguardia y la retaguardia, y el centro se componía de lanceros. Asignó oficiales al mando de cada división y pensó establecer una guardia de honor con los oficiales supernumerarios, tomando como modelo el de su vieja guardia, pero no lo llevó a cabo.

El capitán general don José María Liceaga, a quien ya hemos mencionado, se había unido a Mina y su consejo e información fueron de la mayor importancia. Sin embargo, los patriotas contemplaban a Liceaga con ojos de envidia. Se había vuelto impopular por tratar de apegarse a un sistema de estricta disciplina, como siempre ocurre cuando ésta no se establece ni se aprecian sus ventajas.

En la mañana del día 30, Mina se hallaba cerca de La Tlachiquera; allí encontró a Ortiz con diecinueve hombres de su división que habían escapado de El Sombrero, entre ellos seis oficiales. En el momento en que el general los vio, picó espuelas a su caballo y corrió a recibirlos. Cordialmente les dio un abrazo de soldado y con gran ansiedad les preguntó: “¿Dónde están los demás?” Se le contestó: “Somos todos los que quedamos”. El golpe fue severo; su semblante mostró la angustia de su corazón y, colocando una pierna sobre la cabeza de la silla, reclinó la cabeza en la mano. Sus espléndidos ojos brillaron con las sensibles lágrimas del guerrero, pero se recuperó con rapidez y su semblante reasumió su acostumbrada serenidad. Mina retuvo consigo a cuatro oficiales y a seis soldados de entre los diecinueve y mandó a los restantes que se pusieran a las órdenes de Ortiz.

Mientras tanto, el ejército de Liñán había cercado el fuerte y el sitio formal de Los Remedios comenzó el 31 de agosto. Las barrancas y precipicios que lo rodeaban eran igualmente importantes tanto para defender a los sitiadores de las salidas como a los sitiados de los asaltos. Los realistas colocaron su infantería en posiciones inaccesibles a un ataque, a excepción de una, situada en el lado opuesto de las barrancas y frente a las obras del fuerte.

Los enemigos, no satisfechos con ocupar puestos naturalmente inexpugnables, se atrincheraron en todos los sitios donde pusieron sus

baterías. Su frente se hallaba protegido de los asaltos de los sitiados por precipicios insuperables, y su retaguardia estaba asegurada contra los movimientos de Mina porque era imposible que la caballería ascendiera a tales alturas. El gran campamento realista se estableció en la llanura, inmediatamente al pie de la subida a la entrada del fuerte. Desde esta posición podían reforzar con mayor facilidad sus fortificaciones alrededor de Los Remedios; desde allí podrían cubrirlas de los ataques del general y, además, evitaban que la guarnición huyera por ese pasaje. El único lugar que quedaba para escapar era Pensacola. El cuartel general de Liñán se estableció en la parte más alta, del lado opuesto de la barranca, directamente frente a Tepeaca. Después de que el enemigo preparó el terreno al frente, con increíbles esfuerzos subió piezas de artillería y colocó en la cima una batería de tres cañones y dos obuses. Esta batería, al estar a corta distancia de Tepeaca, causaba serias molestias, pero dada su gran elevación no podía hacer fuego sobre las otras fortificaciones. Era un inconveniente que no habían previsto los sitiados, pues habían pensado que era imposible subir cañones a aquel sitio. Los realistas, después de algún tiempo, hicieron una excavación a un lado del precipicio, abajo de la fortificación mencionada, suficiente para montar un cañón con el que se dominaban las defensas de Los Remedios desde Tepeaca hasta Santa Rosalía. Del lado de la barranca, frente a las fortificaciones de Santa Rosalía y La Libertad, el enemigo erigió dos baterías, una arriba de la otra, que hacían fuego sobre las defensas de los sitiados desde una distancia de medio tiro de fusil. En la primera fortificación realista se colocaron tres piezas de artillería pesada y dos en la segunda. A espaldas de esta última, sobre una pequeña meseta, se hallaba un campo atrincherado, con una pieza de artillería, que también contaba con buenas defensas naturales. Sobre una altura dominante, a espaldas del conjunto, se colocaron un cañón de doce libras y un obús. Desde esta posición se molestaba mucho a toda la parte de Los Remedios que se hallaba entre La Cueva y Tepeaca. En frente de la parte débil de Pensacola se formó otro campamento y se colocó una batería de dos piezas de artillería y dos obuses. A la izquierda de La Cueva se colocaron posteriormente en batería tres piezas de artillería y dos obuses, que hacían fuego a la parte de atrás de esa fortificación. Entre las distintas posiciones realistas, en todos los lugares por donde de alguna manera se podía escapar, se colocaron piquetes atrincherados con el propósito de cortar también toda posible comunicación externa con el fuerte. Un cuerpo de ochocientos hombres de infantería y de caballería bien equipados, bajo el mando de don Francisco de Orrantía, tenía órdenes de observar los movimientos de Mina.

Así, los realistas, con extraordinario trabajo y habilidad, habían completado una línea de ataque que efectivamente cercaba a la guarnición y amenazaba las fortificaciones de Los Remedios. Ya hemos descrito las defensas del fuerte y, a pesar de que al tiempo en que se inició el sitio muchos puntos de las defensas presentaban fallas, mediante el trabajo de los campesinos y la destreza y actividad de los oficiales de Mina se mejoraban y fortalecían día con día.

El general marchó desde la Tlaquichera hacia el acantonamiento de don Encarnación Ortiz, donde aumentó su fuerza con doscientos cincuenta hombres de caballería de dicho oficial, y avanzó esa misma noche. Su primer gran objetivo era interrumpir la línea de comunicación enemiga entre la ciudad de México y las provincias del norte. Al destruir las fortificaciones realistas en esa dirección, sus convoyes se verían privados de encontrar lugares defendidos donde poder detenerse y, en consecuencia, se verían expuestos a las incursiones de los patriotas de Jalpan,<sup>8</sup> que estaban reunidos en cuerpos formidables en los alrededores de Querétaro y por aquel camino. Así, también el aprovisionamiento del ejército que sitiaba Los Remedios se volvería precario.

Mina avanzó rápidamente la primera noche de su marcha y al amanecer del día siguiente llegó a una hacienda fortificada, llamada *Biscocho*.<sup>9</sup> Sus defensas eran insignificantes. La tropa que la guarnecía se apoderó de la iglesia y desde el techo y el campanario hizo fuego sobre los asaltantes. Mina envió una intimación para demandar su rendición inmediata. Habiéndosele contestado de manera negativa, atacó el lugar, el que se tomó después de una breve resistencia. La guarnición fue hecha prisionera, con excepción del comandante, quien había huido prudentemente en cuanto las tropas de Mina hicieron su aparición. El recuerdo de la espantosa matanza efectuada en El Sombrero, los clamores de sus compañeros sobrevivientes y la furia de toda su división actuaron sobre los sentimientos del general y, por vez primera, prestó oídos a los gritos de venganza; entonces se sacaron treinta y un hombres de la guarnición y se les fusiló. La mera mención de un sacrificio semejante de prisioneros hecha unas cuantas semanas antes hubiera llenado de horror tanto al general como a sus tropas, pero la proterva barbarie de los realistas había hecho necesario reprimir los sentimientos de humanidad. Conceder clemencia a un enemigo que menospreciaba todos los principios de la guerra civilizada se había vuelto impolítico y absurdo y era necesario repeler los actos de barbarie con medidas de justa represalia. Los restos de la división de Mina juraron sacrificar a

<sup>8</sup> "Xalpa" en la edición de 1820.

<sup>9</sup> "Biscocho" en la edición de 1820.

todo realista que cayera en sus manos hasta que se hubiera expiado la sangre de sus compañeros asesinados o hasta que el enemigo se abstuviera de inmolarse a los prisioneros a sangre fría. No era, sin embargo, la intención de Mina fomentar estos fines de venganza. En la ocasión de que hablamos, permitió que se actuara con esta idea, pero es el único acto que lleva una huella aparente de crueldad o severidad del que se le puede acusar.

Después de ordenar se quemara la hacienda para prevenir fuera ocupada de nuevo por el enemigo, y llevándose el ganado, el general continuó su marcha a la mañana siguiente hacia *San Luis de la Paz*, pueblo de cierta importancia situado como a catorce leguas al este de Guanajuato. San Luis de la Paz había sufrido mucho durante la revolución y gran parte de sus edificios principales se hallaba en ruinas. Estaba ocupado por una división enemiga que se componía de cien hombres de infantería, ayudada por algunos vecinos del lugar. Al acercarse Mina, los realistas habían ordenado a los habitantes que acudieran a las fortificaciones y habían hecho preparativos para resistirlo. La iglesia, la casa del párroco —que le era contigua— y el cementerio fueron los principales sitios de defensa. La primera era en sí misma una fortaleza, mientras que el último estaba rodeado por un muro con troneras que en la parte de fuera tenía un foso seco, atravesado por un puente levadizo que brindaba el único acceso a la iglesia. La guarnición, protegida por el muro, daba grandes molestias a través de las troneras, y todos los lugares alrededor de su pequeña fortificación estaban dominados por la infantería apostada en el techo de la iglesia y en el campanario, cuyas aberturas habían sido cubiertas con ladrillos suficientes para proteger a los soldados.

La guarnición, suponiendo que Mina sería rechazado con la misma facilidad con que se habían frustrado los ataques de otros comandantes patriotas, no había tenido cuidado de aprovisionar de víveres la plaza, pero obtenía agua de una fuente en la casa del párroco. El lugar no podía ser defendido contra tropas organizadas y si el general hubiera tenido entonces consigo a su pequeña partida de extranjeros, en pocos minutos lo hubiera tomado por asalto. Mas ahora se encontró con que las tropas patriotas, a quienes había visto actuar con la mayor valentía al combatir contra la caballería e infantería enemigas, cuando se las llevaba a escalar muros o a resistir a la infantería apostada tras un lugar fortificado eran totalmente inútiles.

El general intimó a rendirse al comandante de la guarnición. Al contestársele negativamente, Mina cercó el lugar para evitar la huida de los realistas. Se decidió a hacer un experimento para tomarlo por asalto, sobre todo porque algunas casas en ruinas se encontraban a

veinte pasos del puente levadizo. Dio entonces las disposiciones necesarias, pero pronto cayó en la cuenta de que era difícil hacer que sus soldados salieran de sus refugios entre las casas arruinadas. En vano trató de hacerlos avanzar en un cuerpo compacto; se dispersaban y retiraban ante el fuego de la infantería de la guarnición. Algunos oficiales y soldados intrépidos de las partidas de asalto avanzaron con atrevimiento; mas, al no estar debidamente apoyados, sus vidas fueron sacrificadas a su valentía. El general se hallaba profundamente mortificado. No obstante, resolvió reducir al lugar por hambre en caso de no poder hacerlo de otra forma. En ciertos momentos, los patriotas parecieron ansiosos de renovar el ataque y Mina, reanimado, los dirigía una vez más, pero fue en vano; invariablemente se replegaban en el instante mismo en que la firmeza era necesaria. Se trazaron varios planes para destruir el puente, mas ninguno de los soldados pudo ser obligado a llevarlos a cabo. Se prepararon haces de leña para arrojarlos al foso y quemarlo, pero los pocos haces que algunos voluntarios animosos llevaron al lugar no fueron suficientes para alcanzar este objetivo. El puente levadizo se encontraba suspendido tan sólo por unas fuertes correas de cueros. El cortarlas era uno de los planes y se hicieron varios intentos atrevidos por alcanzarlas, aunque sin ningún resultado. En una de las ocasiones de incierta animación entre sus tropas, Mina ordenó a uno de sus oficiales, el capitán Perrier,<sup>10</sup> que encabezase la partida de asalto. Este valeroso individuo no halló dificultad al escalar el muro y, suponiendo que sus soldados lo seguían, cayó entre los enemigos; mas al volver el rostro se encontró solo, abandonado en el momento mismo en que se hubiera podido alcanzar una fácil victoria. El valiente capitán escapó con grandes esfuerzos, pero fue herido de gravedad.

El general, después de emplear cuatro días en estos frustrados intentos de asalto, recurrió a la zapa para formar un camino cubierto desde las ruinas de las casas hasta el puente levadizo, lo que llevó a cabo, y así pudo cortarse el puente. La guarnición se rindió inmediatamente sin mayor oposición y pidió cuartel. Las escenas de El Sombrero se hallaban todavía frescas en la memoria de las tropas; éstas soñaban con la venganza y le recordaron a Mina el juramento recién hecho de no perdonar a ningún realista que cayera prisionero. Pero en esos momentos se mostró la disposición compasiva del general. Se interpuso entre vencedores y vencidos y logró prevenir una matanza indiscriminada de prisioneros; no obstante, para calmar a los patriotas, consintió en hacer un escarmiento en tres personas: el comandante del lugar, el de Bizcocho,

<sup>10</sup> El capitán Esteban Perrier había nacido en Francia

que allí fue hallado, y un soldado europeo, los que fueron fusilados. La mayoría de los prisioneros manifestaron su deseo de unirse al estandarte de Mina y el resto fue puesto en libertad.

Las fortificaciones de San Luis fueron demolidas, ya que era imposible tratar de defender la plaza contra un sitio regular. El coronel González,<sup>11</sup> en cuyo distrito se encontraba, era un famoso guerrero de las tropas de Jalpan y quedó al mando del lugar para observar los movimientos del enemigo. Mina avanzó entonces contra *San Miguel el Grande*, población de considerable importancia situada a catorce leguas al sureste de Guanajuato. Mientras hacía preparativos para su captura — que a causa de su posición tenía todos los motivos para suponerla posible — recibió noticias de que un poderoso cuerpo enemigo avanzaba para defenderla; por ello consideró prudente retirar sus tropas y retraerse. Entonces vio cuán inconveniente había sido emplear tanto tiempo en reducir a San Luis de la Paz. Si hubiera procedido a San Miguel el Grande tres días antes, hubiera tomado la plaza. Enormes recursos de todas clases se hubieran conseguido en este lugar y hubiera completado su plan de cortar la cadena de comunicaciones realistas, con lo que la guerra hubiera adquirido un carácter diferente. Pero el fracasar cuando se espera justificadamente el éxito es un resultado probable en la clase de guerra en la que se hallaba comprometido. Será siempre de lamentar el que se haya visto frustrado en la prosecución de su plan.

Al verse Mina en la necesidad de abandonar sus designios contra San Miguel, procedió a Valle de Santiago, que es un lugar de cierta importancia situado en la ribera sur del río de este nombre, a dieciséis leguas al sur de Guanajuato. Valle de Santiago, cuya destrucción por órdenes de Torres ya se ha relatado, era una de las pocas poblaciones que permanecía en poder de los patriotas. Cuando el general entró en ella, la encontró en ruinas; sólo las iglesias permanecían intactas. Una población considerable, entre la que se contaban algunas familias respetables, la habitaba todavía, en medio de una escena de desolación, en chozas erigidas en los solares antes ocupados por sus hermosos edificios. Los habitantes de Valle de Santiago, llevados por su hostilidad hacia las autoridades españolas, apenas daban muestras de lamentar el sacrificio de sus comodidades hecho en el altar de la libertad. Devotos entusiastas de la causa de su patria, siempre habían rechazado con desprecio cualquier proposición de los realistas para seducirlos. Con gran ternura acariciaban la idea de la independencia de su país, con la mayor fidelidad se asían a ella durante la oscura noche de sus infortunios

<sup>11</sup> “González” en la edición de 1820. Al parecer, su nombre de pila era Sebastián. Según Bustamante y Alamán, era un insurgente de Jalpan.

y, al fin, sellaron su adhesión a la causa abandonando el lugar de su nacimiento cuando posteriormente cayó en manos del enemigo.

El distrito en que se halla situada no es extenso, pero sí valioso a causa de poseer el suelo más productivo, quizás, de todo el reino. En aquel tiempo gozaba de un gran comercio, siendo la renta anual de la comandancia de ciento veinte mil pesos. *Don Lucas Flores*, su comandante, era un hombre esforzado e intrépido, y como jefe de guerrillas se había distinguido por sus empresas. Como carecía de educación hasta el grado de no saber escribir su propio nombre, se había encargado el arreglo de las finanzas a un tesorero. El cuidado principal de este individuo fue su propio enriquecimiento, así que las rentas de este importante distrito habían desaparecido y las arcas públicas permanecían vacías.

Don Lucas era uno de los comandantes confederados bajo el mando del padre Torres. Influidado por el mal ejemplo de su jefe, se volvió disipado e inactivo y perdió su popularidad al cometer actos arbitrarios y vejatorios. En manos de don Lucas se hallaba el prestar a la causa común el servicio más importante si cooperaba cordialmente con Mina. Tenía escondidos más de mil quinientos lotes de armas excelentes, que había tomado al enemigo en diferentes acciones; éstos, con los recursos de su comandancia usados en la forma debida, hubieran sido de la mayor importancia en esa coyuntura. Creemos que era sinceramente adicto a su patria, pero por su gran consideración hacia Torres o por orgullo, ignorancia o alguna otra causa, su conducta hacia el general se caracterizó por su reserva. Don Lucas mandaba un cuerpo de esforzadas tropas y nadie había mostrado más valor que ellas en las acciones irregulares sostenidas con la caballería enemiga. Pero, como siempre, la escolta del comandante era la única porción de este cuerpo que se hallaba debidamente equipada. El juego y una conducta siempre desordenada predominaban entre ellos, como por desgracia sucedía con todas las tropas revolucionarias.

Mina había escogido Valle de Santiago para establecer su cuartel general en vista de su posición, sus abundantes recursos para el aprovisionamiento de sus tropas y la confianza que le inspiraba el patriotismo de sus pobladores. Al entrar en la población, los vecinos respetables lo recibieron de la manera más afectuosa y entusiasta, conduciéndolo a la iglesia en medio de un gran concurso de personas. Se cantó un *tedéum*, y todos los ojos brillaron de satisfacción al contemplar a Mina. Las tropas acamparon cerca de la población, donde la comandancia y los patrióticos vecinos los proveyeron de víveres y dinero.

Durante su estancia en Valle de Santiago, Mina intentó poner remedio a la falta de disciplina entre sus soldados. Pero los oficiales eran

tan incultos y tan completamente ajenos a la sujeción militar, que pudo lograr bien poco en el corto tiempo que estuvo entre ellos. Un cambio total de sistema y mucho tiempo eran necesarios para erradicar sus hábitos perniciosos y para establecer una disciplina. Cambiar o instruir a los oficiales, ordenar nuevamente las finanzas, reprimir los excesos de la anarquía y establecer el orden y la sujeción eran objetivos que debían lograrse poco a poco. Además, si Mina hubiera intentado introducir este cambio de inmediato, sus medidas se hubieran considerado duras y despóticas y se hubiera creado enemigos entre aquellos individuos cuya buena voluntad le era tan importante en esta crisis. En tales circunstancias, no le quedaba más alternativa que hacer el mejor uso posible de los medios que se le presentaban y adoptar el sistema de tácticas que mejor conviniera a tropas indisciplinadas y que no conocían la importancia de la sujeción militar, hasta que el tiempo y los acontecimientos le permitieran lograr gradualmente un cambio. Se lisonjaba de que esto se alcanzaría con mayor rapidez si tan sólo pudiera conseguir que se levantara el sitio a Los Remedios.

Mientras aguardaba refuerzos, Mina avanzó con un cuerpo selecto de tropas a atacar una hacienda fortificada, llamada La Zanja,<sup>12</sup> distante pocas leguas de Valle de Santiago. Aquélla es una plaza fuerte y como está en un sitio bajo, cerca del lago de Yuriria,<sup>13</sup> el terreno a su alrededor puede inundarse con facilidad. Se halla también rodeada de fosos anchos y profundos. Estas dificultades no podían ser superadas por tropas sin experiencia, por lo que el intento de tomarla por asalto se frustró. Así, pues, el general retornó a Valle de Santiago.

Después de su regreso, Mina envió órdenes a los comandantes cercanos instándolos a dirigir todos sus esfuerzos a cortar las comunicaciones que se hacían por los distintos caminos que van a Los Remedios, señalando esto como la medida más eficaz para derrotar los propósitos de los realistas. Al recibir un pequeño refuerzo de tropas se dirigió, con cerca de mil hombres de caballería, a las cercanías del fuerte con el propósito de atacar al enemigo en la primera oportunidad favorable. Con este fin procedió a la hacienda de La Olla.<sup>14</sup>

Los realistas, al darse cuenta de que Mina se acercaba, enviaron en su contra a una fuerte división bajo el mando de don Francisco de Orrantía. El general tomó sus disposiciones para el combate; sin embargo, al hacer un reconocimiento y averiguar que la fuerza enemiga se componía de un cuerpo de infantería y de caballería contra el que sería imprudente combatir, ordenó la retirada. Los realistas lo persiguieron

<sup>12</sup> "La Sanja" en la edición de 1820.

<sup>13</sup> "Jurida" en la edición de 1820.

<sup>14</sup> "La Hoyá" en la edición de 1820.

hasta el pie de las montañas cercanas a Guanajuato, donde los patriotas adoptaron la manera usual de eludir al enemigo, separándose en pequeños destacamentos y siguiendo cada uno de ellos el camino hacia su propia comandancia. El general, con una partida pequeña, permaneció a la retaguardia de los realistas, con los que tuvo varias escaramuzas hasta que entró en la población de Irapuato. Entonces prosiguió a Valle de Santiago y dio órdenes a los comandantes de reunir a los soldados lo antes posible. Habiéndose juntado las tropas, Mina se dirigió a la llanura de Silao, entre la población de este nombre y Los Remedios, donde se vio reforzado por otras divisiones de patriotas; con una de ellas llegó don Pedro Moreno, el antiguo comandante de El Sombrero. La fuerza del general alcanzaba por entonces los mil cien hombres, la mayoría de los cuales se encontraban equipados en forma miserable. Con esta fuerza amenazó las poblaciones fortificadas del enemigo y con movimientos rápidos e inesperados mantuvo al Bajío en su estado de continua alarma, evitando así que las provisiones llegaran al ejército que sitiaba Los Remedios; mientras tanto, Orrantía, con una división de tropas escogidas, seguía los movimientos del general aunque sin intentar atacarlo. Los realistas casi siempre vivaqueaban en los mismos sitios que Mina había ocupado la noche anterior.

El general se hallaba en íntima correspondencia con algunos de los principales habitantes de las poblaciones enemigas y, como averiguó que los realistas que sitiaban Los Remedios obtenían sus principales provisiones de la ciudad de Guanajuato, consideró que su captura sería el medio más eficaz de cortárselas y así levantar el sitio del fuerte. Mina conocía bien la fuerza de la posición de Liñán en Los Remedios. Se daba cuenta de la falta de disciplina de los soldados patriotas y de que la fuerza numérica del enemigo era casi siete veces mayor que la suya, pues se componía principalmente de veteranos europeos y de la mejor caballería, adaptada a la naturaleza y a las circunstancias del país. Así, pues, atacar en tales condiciones el campamento de Liñán, situado en la llanura al pie de la colina de Los Remedios, hubiera sido hacer caso omiso de todos los principios militares, temerario en extremo y, por más que a Mina le gustaran las operaciones arrojadas, era demasiado prudente para intentar llevarlas a cabo con tropas como las que entonces tenía bajo su mando. Atacar las trincheras enemigas alrededor del fuerte era impracticable. Además, aunque hubiera podido ascender a lo alto con la caballería, había ya visto lo suficiente para convencerse de que las tropas patriotas no eran capaces de un asalto por medio de una escalada. Estas consideraciones se combinaron para confirmar su propósito y, habiendo recibido las seguridades más halagüeñas del apoyo de algunos de los ciudadanos más respetables de Guanajuato, se decidió a atacar esta ciudad.

Mina comunicó sus intenciones al padre Torres por medio de varios correos. Pero este individuo, ya sea por ignorancia o por temor a las consecuencias que pudieran resultar en favor de Mina si éste tomaba Guanajuato, se opuso al plan, insistiendo en que el único modo posible de socorrer al fuerte era atacar a los sitiadores. En vano el general le hizo ver las ventajas que debían resultar de la captura de Guanajuato y las desventajas de atacar a los sitiadores debido a la relativa fuerza y la composición de sus tropas y que, por lo tanto, el único golpe efectivo que se podía dar a los realistas era la toma de aquella ciudad. Torres, por último, dejó a un lado toda reserva; no sólo desaprobó el plan de Mina sino que recurrió a la vergonzosa medida de mandar una orden a don Lucas Flores y a otros de los comandantes de que pusieran sus mejores tropas a las órdenes de Mina sólo en el caso de que atacara al enemigo en el fuerte; de otra forma debían brindarle únicamente un auxilio parcial con las peores de sus tropas. Éste fue para Mina un golpe inesperado. Apenas pudo reprimir su indignación por la bajeza del padre; mas no era el momento de dar rienda suelta a expresiones de desagrado y, por lo tanto, procuró adaptarse a las circunstancias, las que no estaba en su poder ni resistir ni modificar.

Mina continuó sus operaciones en el Bajío por medio de un sistema de guerra de guerrillas y, de hecho, redujo al enemigo a un grado tal de necesidad que comenzaron las desertiones en sus filas. Un sargento y dos soldados del regimiento europeo de Fernando VII se presentaron a Mina en la hacienda de Burras, a cinco leguas de Guanajuato. Por estos individuos supo que los realistas se habían visto obligados a subsistir principalmente del maíz verde que su caballería conseguía de los ranchos vecinos, que sus tropas no recibían paga y que el descontento se había vuelto general. Ellos también afirmaron que pronto se uniría a Mina un buen número de desertores y que muchos soldados se hubieran pasado desde antes a servir bajo el estandarte patriota de no haber sido por el miedo a morir a manos de alguna de sus partidas de merodeadores antes de alcanzar al general.

Mientras Mina llevaba a cabo estas operaciones por el Bajío, el enemigo proseguía con vigor el sitio de Los Remedios. Los realistas habían empleado ya veinte días en levantar parapetos para protegerse de los asaltos que, temían, Mina intentaría hacerles, y las líneas de acceso para reducir al fuerte se tornaban cada día más formidables.

Durante este tiempo, la guarnición no permaneció inactiva. Bajo la dirección de los oficiales de Mina, la cortina —si así puede llamarse— y las fortificaciones que se extendían desde Santa Rosalía hasta Tepeaca se habían prácticamente terminado, y a sus ininterrumpidos esfuerzos debía por completo el padre Torres el que el fuerte se hallara en estado de

hacer tan gallarda resistencia contra un enemigo mucho más numeroso y muy superior en cuanto al carácter de sus tropas y a su artillería.

Desde las alturas opuestas, que se hallaban a un tiro de fusil, los realistas mantenían frecuentes conversaciones con los sitiados, y con jactancia expresaban su confianza de alcanzar la posesión del fuerte al primer intento de tomarlo por asalto. Así, pues, alrededor del 20 de septiembre, avanzaron en tres columnas y atacaron el fuerte por los puntos de Pensacola y Tepeaca; pero dirigieron sus principales esfuerzos contra la parte de la cortina que se encontraba entonces sin terminar. La batería de La Libertad, que había sido planeada por Mina y en la que sus oficiales habían trabajado para terminarla, se encontraba también incompleta. Los realistas avanzaron simultáneamente contra todos estos puntos y sobre la abertura de la cortina con admirable orden, pero fueron recibidos en una forma que no esperaban. Después de tres horas de un combate incesante, al ver que sus intentos por entrar al fuerte eran inútiles, se vieron obligados a retirarse después de sufrir muy severamente. Liñán, al verse contrariado en su intento de tomar Los Remedios en el primer asalto, decidió abrir una mina bajo la fortificación de Tepeaca. Falló también en este esfuerzo y dos veces vio frustrados sus intentos de destruir la batería por medio de una explosión. Si hubiera logrado este objetivo el fuerte hubiera caído en su poder, porque Tepeaca dominaba la línea entera de las fortificaciones. Los ingenieros de Liñán deben haber carecido de habilidad, porque al hacer volar la mina la explosión salía siempre por la boca de la galería, matando e hiriendo a muchos de los zapadores. Esto, unido a las frecuentes salidas de tropas del fuerte contra las partidas de zapa, obligó finalmente al enemigo a abandonar el proyecto de minarla.

Mientras tanto, los realistas habían erigido baterías al frente de La Libertad. Desde ellas abrieron un fuego continuo que dañó seriamente la cortina y las fortificaciones en general. Como Liñán se vió frustrado en sus intentos de volar Tepeaca, decidió una vez más recurrir al asalto directo. Habiendo logrado abrir una brecha en la cortina, abajo de Santa Rosalía, el enemigo se preparó para el ataque, haciendo al mismo tiempo atinadas diversiones en Pensacola y Tepeaca. Al percatarse del designio de los realistas, el cañón de Santa Rosalía fue bajado y colocado en la brecha, apoyado por la infantería y los paisanos con armas arrojadas. Una poderosa columna de infantería europea que se dirigía hacia la brecha, cubierta por el fuego de sus fortificaciones, avanzó intrépidamente hasta pocos pasos de ella, donde fue recibida con tanto denuedo que muy pronto se retiró. A poco, los enemigos se rehicieron y regresaron al ataque, pero al acercarse a la brecha fatal fueron de nuevo rechazados. En los otros puntos de asalto se les recibió con el mismo

valor y, después de haber sufrido severas pérdidas en cada ataque, se tocó a retirada y los realistas regresaron a sus trincheras.

La guarnición, animada por sus recientes hazañas, decidió convertirse en asaltante. Las baterías al frente de La Libertad habían molestado seriamente a los sitiados porque la artillería superior del enemigo, colocada a corta distancia de las fortificaciones, les hacía gran daño. Los desperfectos que sufrían durante el día se reparaban por la noche con piedras y sacos de arena; pero, hastiada del enorme y repetido esfuerzo, la guarnición resolvió intentar la destrucción de la primera batería realista, en la que estaban montadas tres piezas de artillería pesada. Esta empresa debía realizarse contra tropas europeas, fuertemente atrincheradas.

Para esta atrevida operación, se seleccionó una partida de doscientos cincuenta hombres, comandada por los capitanes Crocker y Ramsay y el teniente Wolfe, tres de los oficiales de Mina.<sup>15</sup> Al teniente Wolfe, con un destacamento de cincuenta hombres, se le ordenó alcanzar la retaguardia de la primera fortificación enemiga, dando un rodeo, y actuar simultáneamente con el resto de la partida, que avanzaría por el frente. Favorecidos por la oscuridad de la noche, los destacamentos patriotas alcanzaron sus posiciones sin ser observados por los realistas. El teniente Wolfe abrió fuego desde la retaguardia y, apenas el enemigo dirigió su atención a ese punto, el destacamento del frente atacó con valentía. Los contrarios, que se hallaban en un continuo estado de alarma a causa de Mina y no esperaban un asalto por parte de los sitiados, al verse atacados al mismo tiempo por delante y por atrás creyeron que la arremetida frontal era de acuerdo con la de Mina por la retaguardia. Suponemos que bajo esta impresión, dispararon un par de cañones cargados de metralla contra la partida del frente, pero sin ningún resultado; y, llenos de pavor, gritando ¡Mina! ¡Mina!, abandonaron la fortificación en desorden y huyeron a la segunda batería. Entonces los dos cañones más pesados fueron clavados por los patriotas y sus cureñas destruidas, la fortificación fue arrasada y la partida se retiró sin experimentar pérdidas ni heridos. Sus hombres se llevaron el tercer cañón de la fortificación enemiga, pero no pudieron pasar con él más allá del pie de la barranca, donde se le consideró ya inútil y se le abandonó.

Así se ejecutó una empresa completamente inesperada para los realistas, y la impresión que causó en sus mentes debió haber sido muy fuerte, a pesar de su poca importancia si se la considera en relación a las fuerzas de uno y otro bando. Sin embargo, poco después el enemigo

<sup>15</sup> Capitán del Primer Regimiento Colverio Crocker, capitán Juan Ramsay o Ramsey y subteniente del Primer Regimiento Gregorio Wolfe o Wolffs, los dos primeros nativos de los Estados Unidos y el último nacido en la Confederación del Rhin.

reemplazó la artillería y desde entonces limitó sus operaciones al cañoneo y al bloqueo. El daño que su artillería causaba en las defensas del fuerte se reparaba con rapidez por los medios ordinarios de la guerra. El sitio no provocaba mucha inquietud, pues, a pesar de la vigilancia enemiga, algunos paisanos valientes entraban al fuerte casi todas las noches llevando pólvora y otros artículos. La provisión de municiones era abundante, el mejor pan fresco se servía diariamente, la carne abundaba y en realidad la guarnición no sólo tenía lo necesario sino hasta lo superfluo.

La situación de los realistas presentaba un fuerte contraste. Apenas contaban con otros víveres que el maíz verde, como ya mencionamos, pues Mina había cortado de manera eficaz su aprovisionamiento. Toda la región alrededor de Los Remedios, por un espacio de varias millas, había sido abandonada por sus habitantes, quienes también se habían llevado el ganado. La situación del enemigo pronto fue conocida por la guarnición y, para enseñarle lo inútil de un intento de tomar por hambre Los Remedios, con frecuencia los sitiados colocaban regalos de pan recién hecho, de carne, aguardiente y hasta fruta a medio camino entre las fortificaciones de unos y otros.

El general proseguía todavía su guerra de guerrillas, molestando incesantemente al enemigo y cortándole las provisiones, con tal éxito que la situación de los realistas se tornaba más crítica cada día.

El 10 de octubre, mientras Mina marchaba a través de la hacienda de La Caja, un campesino le llevó la noticia de que Orrantía se acercaba y se hallaba a corta distancia de la retaguardia.

Como había tenido algunas oportunidades de infundir en sus tropas un poco más de confianza, Mina creyó que la ocasión que se le presentaba sería la adecuada para ponerlas a prueba en el campo, y así se determinó a dar la batalla a Orrantía.

El experimento hecho hacía poco, de atacar fortificaciones, lo había convencido de que no podía confiar en sus tropas para tales operaciones; pero, como sus fuerzas eran por entonces superiores en número a las de los realistas, tenía esperanzas de que sintieran seguridad en ellas mismas y que en medio de las ocurrencias fortuitas de un combate su experiencia le permitiera aprovechar algún momento de ventaja para decidir el encuentro. Si lograba destruir a este enemigo conseguiría, de hecho, levantar el sitio de Los Remedios, ya que Liñán no podría separar de su fuerza a otro cuerpo de infantería y caballería como el de Orrantía, y así Mina podría proseguir con facilidad otros planes contra los realistas, en los que se había visto frustrado hasta ese momento por la posición de la división de Orrantía. Mina, debe reconocerse, no se hallaba muy seguro del resultado de la batalla, pero como en una guerra

y en tales circunstancias la tardanza es en sí misma desventajosa, y como confiaba que de cualquier modo causaría al enemigo una pérdida considerable y daría a las tropas patriotas la oportunidad de distinguirse, tomó la decisión de aguardar el ataque. La hacienda de La Caja se encuentra situada en terreno elevado, en el paso entre dos colinas, y dista tres leguas de la población realista de Irapuato. Los edificios de la hacienda se hallaban fuertemente defendidos y al frente de ellos se extendían grandes sembradíos de maíz, que en ese tiempo se hallaban ya crecidos. Todo el conjunto se encontraba cercado por un muro muy sólido, con una pequeña puerta a un lado, por la que pasaba el camino de la hacienda que iba a través de los campos de maíz. El terreno inmediatamente contiguo a ambos lados de este muro se hallaba abandonado.

En ese entonces Mina tenía consigo alrededor de mil cien hombres, pero debe recordarse la clase de soldados que eran, puesto que a consecuencia de la vergonzosa orden dada por Torres estas tropas se componían de los hombres más mediocres de las distintas comandancias y muchos de ellos iban armados tan sólo con lazos y machetes.<sup>16</sup> Como podía esperarse de semejantes tropas, la desertión era entre ellos muy frecuente y, por carecer de toda idea de disciplina, la practicaban con una impunidad de lo más pernicioso por ser irremediable. Cuando se fastidiaban del servicio o se hallaban ansiosos de regresar con sus familias, se retiraban en pares o en docenas y algunas veces, en el momento crítico en que se llevaba a cabo una acción, lo hacían en números aún más considerables. Mina, finalmente, al ver que era indispensable poner un freno a esta práctica incluso a riesgo de perder su popularidad, emitió una orden que imponía la pena de muerte a los desertores y sentenció a ser fusilados a dos de ellos, uno de los cuales tenía el rango de coronel. Este acto de firmeza por parte de Mina puso, cuando menos, un freno temporal a la desertión. Otro mal había dañado considerablemente a las tropas; era la costumbre que habían adoptado de permitir que las mujeres acompañaran a la expedición. Al tiempo de que hablamos, Ortiz había reforzado a Mina con alguna caballería y muchos de los oficiales habían traído consigo a sus esposas. No importa mayormente si esto se debió a que anticipaban un ataque a la ciudad de Guanajuato, en el que las mujeres esperaban participar del botín, o a alguna otra causa, pero era la primera vez que Mina se veía estorbado con semejantes ayudantes y significó una desventaja muy seria en esta ocasión.

En medio de todas estas embarazosas circunstancias, el general tomó sus disposiciones para la acción. Apostó un piquete en la puerta del cercado y, en una posición de mayor altura, a cierta distancia de la

<sup>16</sup> “machetas” en la edición de 1820.

parte trasera, estableció su vanguardia, compuesta de los doscientos cincuenta soldados que consideró más aptos para este menester, bajo el mando de un criollo arrojado, apodado *El Giro*.<sup>17</sup> En el sembradío de maíz que se hallaba al frente de la hacienda apostó al cuerpo principal a ambos lados del camino, el que tomaron las tropas como centro y sobre el que descansaban transversalmente, y dentro de los muros que cercaban la hacienda se encontraba la retaguardia, compuesta de doscientos hombres, con las mujeres, las municiones, etcétera.

Apenas se habían hecho estos preparativos cuando se avistó al enemigo que se movía sobre el campo sin cultivar, ya mencionado, que se hallaba a las afueras del muro, donde hizo alto por un largo tiempo, aparentemente indeciso sobre cómo actuar. En ese momento, después de dar instrucciones al comandante del cuerpo principal, Mina procedió al puesto de la avanzada, desde donde podía reconocer mejor al enemigo y aprovecharse de cualquier oportunidad para hacer un movimiento favorable. Por fin el enemigo atacó, derrotó al piquete y pasó al interior del muro; entonces hizo alto de nuevo en el claro que había dentro, en formación cerrada. Temerosos de una emboscada, los realistas enviaron a algunas tropas ligeras entre las milpas, pero éstas pronto se reunieron con las demás. No podemos decir si tenían o no miedo de avanzar por el camino; pero, después de un tiempo considerable que emplearon en distintos preparativos, los realistas desfilaron hacia la derecha, pareciendo entonces amenazar la izquierda de Mina, y giraron sobre el flanco de éste. Al ejecutar tal movimiento, su infantería cayó en desorden y Mina, creyendo que podía alcanzarla antes de que se formara de nuevo, cargó sobre ella con la vanguardia. Esto se llevó a cabo con denuedo, pero era tan grande la distancia a la que se encontraban los realistas que tuvieron tiempo de formarse otra vez, con lo que se salvaron. Entonces Mina, con sólo doscientos cincuenta hombres, se halló combatiendo contra toda la fuerza enemiga. En el apogeo de la acción, una partida de treinta hombres de la caballería realista, habiendo dado un rodeo, se aproximó a la hacienda donde se hallaban las mujeres, las que se alarmaron y huyeron. Esto causó pánico en la retaguardia, que se dio a la fuga. El cuerpo principal, al ver la huida de la retaguardia y sin saber la causa, también rompió filas y se dispersó, mientras Mina y su pequeña banda sostenían todo el peso de la batalla. La caballería enemiga, al ver la confusión, persiguió a los fugitivos y la derrota fue general. En este inesperado desastre no le quedó a Mina otro recurso que abrirse camino a través de las filas realistas, lo que efectuó de la manera más valiente después de sufrir alguna pérdida.

<sup>17</sup> Andrés Delgado, apodado *El Giro* por su agilidad.

Orrantía se dirigió entonces a la hacienda, donde fusiló a algunos de los campesinos por no haber permanecido en el lugar durante la acción y entregó sus casas al pillaje. Mina, con la pequeña y valiente partida que tan bien lo había seguido, vivaqueó cerca del lugar del combate, mientras Orrantía pasaba la noche en la hacienda sin atreverse a atacarlo. A la mañana siguiente, el general procedió a un pequeño poblado, a cosa de cuatro leguas de distancia, llamado *Pueblo Nuevo*, donde encontró a algunos de los fugitivos, pero la mayoría de ellos había cruzado el río en cuya orilla se encuentra la población y había regresado a sus respectivas casas.

En este último encuentro Mina experimentó nuevamente la lamentable desgracia de la falta de disciplina de las tropas patriotas y las fatales consecuencias de permitir que las mujeres las acompañaran. Pero estaba tan complacido por el valor y la conducta de la partida de avanzada bajo su mando que se renovó su convicción de poder efectuar una reforma importante en las tropas patriotas, a causa del ejemplo dado y del éxito obtenido. Se hallaba convencido de que la derrota de Orrantía hubiera sido segura o, por lo menos, se le hubiera dañado seriamente y obligado a retirarse de no haberse dado el terror pánico imprevisto que hemos mencionado y de haberse empeñado en algún momento su cuerpo principal en un combate reñido.

El desaliento no formaba parte del carácter de Mina en ninguna circunstancia. Su primer cuidado fue, pues, adoptar las medidas más apropiadas para remediar los males que lo rodeaban, y como sabía que tomaría un tiempo considerable el reunir a las tropas desperdigadas resolvió durante este intervalo visitar Jaujilla, sede del gobierno patriota, con el que deseaba consultar sobre sus futuras operaciones. Con este propósito seleccionó una escolta de veinte hombres y despidió al resto después de enviar órdenes a los distintos comandantes de que se reunieran con sus tropas en La Caja en un día determinado. Esa misma noche procedió hacia Jaujilla, a donde llegó al día siguiente.

Jaujilla era un pequeño fuerte de adobe, cuya construcción demostraba el empleo de ciertos conocimientos militares. Se hallaba situado en una isla, apenas lo suficientemente grande para darle cabida, en el lago de Zacapu,<sup>18</sup> a corta distancia del pueblo de este nombre en la intendencia de Valladolid, como a veinte leguas al suroeste de Valle de Santiago y a dieciocho al noroeste de la ciudad de Valladolid. Se encontraba rodeado por un pantano o laguna de cinco a seis pies de profundidad, y únicamente podía llegarse a él por medio de canoas. Su guarnición se componía de cien hombres de infantería bastante bien

<sup>18</sup> "Zacapo" en la edición de 1820.

disciplinados. En este lugar se imprimía la *Gazeta* republicana.<sup>19</sup> También dentro del fuerte se manufacturaba abundante pólvora, desde donde se había aprovisionado a Los Remedios. Los miembros del gobierno (si así puede llamarse) recibieron cordialmente a Mina, quien con franqueza les expuso sus planes, en particular el de atacar Guanajuato. Pero este plan no halló su aprobación, pues no creían que pudiera realizarse con tropas como las que entonces podían colocarse bajo su mando. Se daban cuenta de que con soldados indisciplinados nada podría hacerse que diera lustre a Mina o que produjera un importante beneficio a su patria. Recomendaron con insistencia al general que retirara del fuerte de Los Remedios a los oficiales y soldados que le quedaban, ya que la plaza era inexpugnable y se hallaba bien provista de víveres y, puesto que no existía el temor de que cayera en manos del enemigo, no había necesidad de la presencia de sus oficiales en este sitio.

Los miembros del gobierno intentaron convencer a Mina de la importancia de organizar un cuerpo de tropas antes de emprender cualquier hazaña de consideración y que, para lograr este propósito, la región entre Jaujilla y las costas del océano Pacífico era el lugar más apropiado, pues los realistas eran allí menos numerosos que en el Bajío y sus habitantes todos decididos por la causa patriota. Además, la fertilidad de la región brindaba amplias provisiones y sus posiciones naturales ofrecían completa seguridad. Utilizaron los argumentos más persuasivos para convencerlo de adoptar este plan; pero Mina, después de prestarles toda la atención que merecían, no se convenció de su factibilidad. Su objetivo principal era ayudar a Los Remedios. Conociendo las críticas circunstancias a las que se hallaba reducido el enemigo por el fracaso de su aprovisionamiento de víveres y creyendo que si se abandonaba el designio de obligar a Liñán a desistir del asedio al fuerte por medio del hambre no volvería quizás a presentarse otra oportunidad, se lisonjeaba de que si lograba éste, su objetivo preferido, los asuntos de la revolución asumirían un aspecto diferente. Sabía, ciertamente, que no podía confiar por completo en las tropas que mandaba, pero creyó que si obtenía cincuenta hombres de infantería de Jaujilla para sumarlos a un número igual de prisioneros de San Luis de la Paz que Ortiz había comenzado a entrenar, con ellos y con una avasalladora fuerza de caballería podría capturar la ciudad de Guanajuato. Mina también informó a sus consejeros que su honor estaba

<sup>19</sup> Se trata de la *Gazeta del Gobierno Provisional Mexicano de las Provincias del Poniente*, que se imprimió en Imprenta de la Nación por Teodosio López de Lara, Impresor del Gobierno Mexicano, del 20 de marzo al 16 de octubre de 1817, y que dio abundantes noticias sobre las acciones de Mina.

empeñado en auxiliar al fuerte de Los Remedios y que se había comprometido también a atacar Guanajuato.

El gobierno, al verlo tan resuelto, mandó que cincuenta hombres de la infantería del fuerte se dirigieran al lugar de la reunión. Aunque los miembros del gobierno lamentaban mucho la determinación de Mina, todos admiraban los generosos sentimientos que lo movían a apoyar su plan y con sinceridad le desearon un éxito total.

El general salió de Jaujilla y tomó a su regreso una ruta que daba un rodeo por *Puruándiro*. Ésta había sido una rica e importante población, pero por órdenes de Torres había quedado reducida a un montón de ruinas, con la excepción acostumbrada de las iglesias. Se encuentra como a dieciséis leguas al norte de la ciudad de Valladolid y por entonces se hallaba en poder de los patriotas, quienes saludaron la llegada de Mina con iluminaciones y otras demostraciones públicas de alegría. Después de permanecer allí dos días con el propósito de procurarse alguna ayuda pecuniaria para llevar a efecto el fin que se proponía, procedió a Valle de Santiago. Allí se encontró con una pequeña partida de las tropas patriotas de Jalpan, que esperaba su llegada. Pero apenas llevaba unos minutos en la población cuando desde los puestos de guardia colocados en las alturas se anunció que se acercaba un poderoso cuerpo realista. Era la división de Orrantía. Mina, quien como militar abrigaba hacia aquél el más soberano desprecio, no pudo soportar la idea de retirarse pasivamente, aunque conocía la superioridad numérica del enemigo. Así pues, colocó a algunos de sus hombres emboscados en las milpas que crecían cerca del lugar y del camino por donde suponía que los realistas lo perseguirían, con la intención de que si la caballería sola avanzaba en su seguimiento la atraería a la emboscada, en cuyo caso sería segura la destrucción de una parte de las fuerzas enemigas. Orrantía, al entrar en la población y recibir informes de que Mina, con algunos hombres, merodeaba por las cercanías, detuvo sus tropas. Después de un lapso de tiempo considerable, avanzó de nuevo; mas con tanta cautela que Mina, viendo que era imposible alcanzar el éxito de sus designios, retiró a sus soldados de la emboscada y cubrió personalmente su retirada con unos cuantos hombres. Tomando un camino que rodea las alturas, descendió a espaldas del enemigo y se dirigió a La Caja, pasando por Pueblo Nuevo. Un oficial español, cuyo nombre no consideramos oportuno mencionar, desertó y se presentó al general. Logró a poco ganarse su confianza y, después de haber recibido algún dinero, se le envió en una misión secreta. Un sargento y dos soldados del regimiento de Zaragoza también desertaron en ese lugar y confirmaron los reportes, recibidos con anterioridad, del hambre que acosaba a los realistas, del descontento general que prevalecía



entre sus tropas y de las numerosas deserciones que se daban cada noche, sobre todo entre los criollos. Pero el espíritu de deserción que las operaciones de Mina habían provocado en las filas enemigas fue de inmediato frenado por los dos sucesos inesperados y desastrosos que vamos a narrar en el siguiente capítulo.